



El falso liberalismo de la universidad privada

Gonzalo Gamio

Profesor de Filosofía, Ética y Cultura de Paz en la PUCP

Noviembre, 2005

Síntesis: La interpretación empresarial de la universidad es considerada hoy en día como uno de los síntomas del llamado giro liberal del pensamiento y la cultura contemporáneos. Sin embargo, esta suposición es falsa y responde a argumentos de carácter ideológico antes que a un conocimiento exhaustivo de lo que ha significado y significa la comprensión liberal de la vida humana y de las instituciones sociales. La penetración de la lógica del mercado en la estructura y fines de la universidad constituye un propósito profundamente antiliberal, que distorsiona las libertades académicas que bosquejó claramente la cultura ética liberal.

El reto de pensar la universidad peruana frente al “modelo gerencial”.

Por más de ocho siglos, la universidad ha sido una institución crucial para el desarrollo de las naciones y de las personas. La libre discusión de las ideas y el cultivo de la investigación científica han convertido a la universidad en protagonista de grandes cambios en la esfera de las mentalidades y en la de las formaciones políticas y sociales. En el Perú, la universidad ha sido un espacio privilegiado para el debate sobre nuestra identidad colectiva y nuestros problemas vinculados a la integración entre las culturas y los credos que tenemos, así como en la configuración de programas sociales y políticos de largo alcance en aquella dirección. La universidad ha sufrido a lo largo de su historia múltiples transformaciones y propuestas de conversión, pero ninguna tan polémica – y tan poco discutida – como aquella que pretende constituir la en una institución bosquejada desde los esquemas teórico – prácticos del modelo de gestión característico de la *empresa privada*.

En nuestro país, esta conversión fue impulsada por el Decreto Legislativo 882 – planteado y aprobado en el gobierno de Fujimori¹. Este documento dejó la puerta abierta a la creación de universidades e institutos superiores ‘con fines de lucro’. Este proyecto llegó a la vida pública con la retórica de la “modernización”, las “reingenierías” y la “calidad total”. Un mundo nuevo -marcado por la presencia del libre mercado- requería de instituciones educativas “competitivas” y “eficaces”. Estas ideas pugnaban por desterrar el último “mito” de la educación “tradicional”: que la empresa no podía intervenir en la dinámica social de la formación de las mentes y los corazones.

Si bien la apertura de la educación universitaria al mercado libre sentó las bases para la fundación de una serie de universidades, pero no cumplió con su promesa de elevar los estándares de calidad de la oferta educativa. Convirtió raudamente, eso sí, a numerosos empresarios en flamantes autoridades universitarias de primer nivel. A pesar de que el éxito de esta corriente es discutible, el discurso de esta nueva vertiente ideológica parece estar calando hondo incluso en otras instituciones universitarias dispuestas a lanzarse al ruedo, y entrar en la ‘competencia’ por captar a los mejores ‘clientes’ del ‘mercado educativo’, particularmente en los sectores socioeconómicos altos. Fascinadas por la novedad del ‘nuevo’ paradigma, estas instituciones parecen autodescribirse hoy como agentes

¹ Véase el texto del Decreto en:

http://72.14.207.104/search?q=cache:ZqV3EHfuJJ0J:dinesst.minedu.gob.pe/docum/dl882.doc+Decreto+Legislativo+882+&hl=es&lr=lang_es.



económicos en lugar de reinterpretar o perseverar en su identidad como instituciones de la sociedad civil.

Creo que es preciso discutir la premisa de este “nuevo” enfoque y someter a crítica los supuestos básicos de esta ‘alianza’ – o asimilación – entre universidad y empresa. Quiero defender aquí que el “lenguaje” y las “prácticas” propias de la institución universitaria son irreductibles al vocabulario instrumental y atomizado de los organismos económicos; cuando este proceso de conversión o adaptación pretende concretarse, no tiene lugar sin la distorsión de buena parte de los fines que las universidades han perseguido a lo largo de su historia.

¿En qué consiste el “nuevo modelo de universidad”?

Es obvio que una universidad seria tiene el deber de tomar decisiones eficaces y transparentes en materia de gastos, ingresos e inversión económica. En el aspecto administrativo, ella aspira a la estabilidad financiera y a cumplir con indicadores de rentabilidad económica que le permitan garantizar su propia viabilidad como proyecto institucional. Pero como institución que promueve la excelencia académica y la difusión del saber y el espíritu crítico, asigna recursos para el crecimiento y mantenimiento de sus bibliotecas, e impulsa la investigación humanística y científica (fines que suelen olvidar alegremente las modernas universidades-empresa), así como la publicación de textos académicos de nivel. Pero ésa es la tarea específica de una instancia de la universidad. No puede convertirse a toda la institución en un departamento administrativo que asume como un dogma que los asuntos académicos deben subordinarse a los temas económicos.

La universidad con vocación de negocio apela fundamentalmente – para legitimarse en el plano del discurso – a su radical “novedad”; estos son los tiempos de la globalización de la economía y las comunicaciones, de la formación de las “sociedades del conocimiento”, de la Internet y de los “nuevos liderazgos”. En el peculiar lenguaje que suscribe, las autoridades son “promotores” y “gerentes”, los alumnos son “clientes”, y los profesores son “empleados” (esta curiosa nomenclatura genera también, en ciertos casos, peculiares modos de trato y de reconocimiento laboral). De acuerdo con sus proclamas, ellas muestran honestamente sus objetivos reales: sus *dueños* persiguen el lucro. “¿Tiene eso algo de malo?”, se preguntan. En contraste, las universidades privadas que no tienen ‘dueño’, y que toman decisiones institucionales o eligen a sus autoridades a través del voto en asambleas y consejos, son instituciones “tradicionales” que apelan a mecanismos electorales que constituyen un elemento residual del “colectivismo premoderno”. Para los emprendedores adalides de la nueva universidad, llevar la democracia a la vida universitaria no constituye un rasgo de racionalidad o de transparencia en materia pública, sino más bien un intento por “diluir las responsabilidades”². Es preferible que el “promotor” – que *no necesariamente* es un académico de prestigio, sino un empresario – elija “a dedo” a las autoridades.

El nuevo modelo de universidad también propone ‘romper los viejos esquemas’ de la educación “tradicional”. Con el objetivo de hacer su *currículum* académico más atractivo para los potenciales “clientes”, se busca aligerar la pesada carga de la formación profesional. De esta manera se eliminan o reducen los Estudios Generales, y se recortan los años de estudio en las facultades, para enviarlos cuanto antes a los alumnos a enfrentarse con la “vida real” que es el mercado. Se presupone en ese sentido que los jóvenes anhelan una educación rápida pero productiva. Para que esto sea posible, es preciso

² Cfr. Bustamante Belaúnde, Luis La Nueva Universidad Lima, UPC 1998 p. 33.



que desaparezcan de los programas educativos aquellas materias consideradas meramente eruditas y básicamente inútiles para lo que busca la ‘universidad moderna’: no necesitamos ya de la filosofía o la literatura, sino de charlas sobre ‘resolución de conflictos’ ‘formación de líderes emprendedores’ ‘motivación empresarial’ o “inteligencia emocional”. Resulta penoso constatar la aguda miopía conceptual de la que adolece la ‘mentalidad pragmática’, que tan precipitadamente subestima la importancia del cultivo de las humanidades y las “ciencias puras” en el progreso concreto de una sociedad. El resultado de este proceso de depuración es sorprendente: en las facultades de Derecho de algunas de estas nuevas empresas educativas han desaparecido los cursos de Derecho Constitucional, Derecho Romano, Historia del Derecho, Derechos Humanos o incluso Acto Jurídico.

Lo que esta curiosa “modernidad universitaria” entiende por ‘profesionales eficaces’ es más bien una especie de operarios especializados que mantienen bien aceitada la maquinaria del mercado, un conjunto de tornillos y tuercas que hagan funcionar al sistema, no intelectuales críticos o artistas descontentos con el curso del mundo presente. El mensaje parece ser el siguiente: “no interpretes o interpeles el sistema desde sus fundamentos, *hazlo producir para ti*. No intentes transformar el mundo o pensar un mundo diferente, *aprende a adaptarte a los cambios*”. No obstante, si la universidad no es una institución que promueva la capacidad de imaginar y pensar un mundo más justo y libre, entonces claudica respecto de una de las misiones más decisivas de su historia. No sorprende que para los heraldos de estas nuevas universidades hayamos superado la época en la que un estudiante universitario leía a Aristóteles, Weber y Borges, analizaba sus textos, les planteaba preguntas y establecía vínculos con la realidad efectiva. Hoy en día a los profesionales del futuro se les recomienda leer a los gurús del ‘pensamiento empresarial’ como Alvin Toffler y Miguel Ángel Cornejo, o se les invita desde “la cátedra” a estudiar en profundidad “iluminadores” libros de autoayuda como *¿Quién se ha llevado mi queso?*

Desenmascarando el pragmatismo y la “nueva ortodoxia”. La universidad-empresa es profundamente *antiliberal*.

Es común que en estos tiempos se considere a la interpretación empresarial de la institución universitaria como uno de los síntomas del llamado *giro liberal* del pensamiento y la cultura contemporáneos. Sin embargo, no es difícil darse cuenta de que esta suposición es falsa, y que responde a consideraciones de carácter ideológico antes que a un conocimiento exhaustivo de lo que ha significado y significa la comprensión liberal de la vida humana y de las instituciones sociales. Por ello, voy a sostener precisamente la tesis contraria: que la penetración de la lógica del mercado en la estructura y fines de la universidad constituye un propósito profundamente antiliberal, que distorsiona las libertades académicas que bosquejó claramente la cultura ética liberal.

Partamos de la siguiente intuición – que desarrollaron en su día John Locke y Adam Smith - y que en los últimos años ha sistematizado agudamente Michael Walzer³ - acerca del espíritu liberal, tal como se ha desarrollado en la historia de occidente: el liberalismo ha introducido el principio de la separación de las instituciones, con el objetivo de que cada una de ellas preserve los fines, valoraciones y formas de vida que son esenciales a sus prácticas internas. Por ejemplo, Locke abogó por la necesaria separación entre el Estado y la Iglesia, pretendiendo con ello evitar que el poder colonice la fe tanto como que se promueva la sacralización del poder político. Esta nueva forma de trazar el “mapa social” pretendió acabar con las guerras religiosas que azotaron Europa en el siglo XVII; y dio vida

³Walzer, Michael “El liberalismo y el arte de la separación” en: *Guerra, moral y política* Barcelona, Paidós 2001 pp. 93 – 104.



a la tolerancia y a la libertad de creencias como principios medulares de la sociedad moderna. Smith, con su *Riqueza de las naciones*, postuló distinguir claramente el mercado del Estado, de modo que la producción, el consumo y el intercambio económico pudiesen sustraerse legítimamente del control político. La libertad económica emergía como un valor y un principio normativo. Ya entonces la universidad tomaba nítida distancia de la influencia intelectual del Estado y de las restantes instituciones para garantizar el cultivo de la libertad académica (incluso la universidad medieval mostraba ya en los siglos XII y XIII un ejemplar ejercicio de la libertad de cátedra y de pensamiento respecto de las ortodoxias ideológicas de la época⁴: de aquellos tiempos data, por ejemplo, la saludable separación curricular de los estudios de filosofía y teología).

Si interpretamos el espíritu liberal a la luz de este conjunto de actitudes históricas, podemos reconocer que acompaña al “arte liberal de la separación” un genuino principio crítico que aspira a combatir toda forma de ‘imperialismo’ de parte de una esfera de vida institucional sobre las demás. Si contemplamos todas las prácticas sociales desde el prisma de la lucha por el poder político, nos perdemos la riqueza de las actividades y los valores humanos vinculados a distribuir, intercambiar o compartir bienes heterogéneos como el saber, la iluminación religiosa o el trabajo. La amplia gama de prácticas, interacciones sociales y léxicos críticos asociados con los diversos bienes y significados sociales no puede traducirse sin más al vocabulario de un bien con pretensiones hegemónicas: esto es lo que Walzer llama “tiranía”, y constituye tanto una actitud teórica errada como una injusticia inadmisibles desde un punto de vista liberal: “la utilización de un bien fuera de su esfera constituiría un cruce ilegítimo de fronteras, un acto de agresión distributiva”⁵.

Lo que el liberalismo busca es asegurar la autonomía relativa de cada una de estas esferas institucionales, en el marco de un sistema legal observante de las libertades personales y cívicas, y de los derechos fundamentales. Resulta claro que en esta línea de reflexión, la cultura liberal constituye un *proyecto incompleto*, en tanto debe afrontar el reto de combatir la vocación imperialista de la esfera económica sobre los restantes espacios institucionales tanto como en su día combatió el totalitarismo religioso y los totalitarismos estatales de corte colectivista. El intento por convertir los diferentes valores y prácticas a los estrechos esquemas del comportamiento económico constituye la tentación tiránica contemporánea, una tentación abiertamente *antiliberal*. El mercado no constituye el único espacio de interacción social; la ‘competencia libre’ y el ‘afán de rentabilidad’ no constituyen la lógica última de las transacciones humanas ni el parámetro absoluto de la “modernidad” de nuestras actividades e instituciones. El mercado tiene un lugar en la vida social: el del intercambio, producción y consumo de bienes económicos. Citando nuevamente a Walzer: “La moralidad del bazar está bien en el bazar. El mercado es una zona de la ciudad, no la ciudad entera”⁶.

El compromiso liberal con la preservación de las libertades originadas por la separación de las esferas de vida es incompatible con el credo neoliberal, que ha sacrificado en los altares del mercado toda forma de acción y significado social. La actividad política, la búsqueda del conocimiento, la aspiración al reconocimiento social pretenden ser traducidos al supuesto “lenguaje estructural” de la economía libre y la gestión empresarial. El resultado es la distorsión de estos otros lenguajes y formas de vida.

⁴ Véase al respecto Bacigalupo, Luis “Aristóteles en París” Lima, PUCP 1999.

⁵ Walzer, Michael *Moralidad en el ámbito local e internacional* Madrid, Alianza Universidad 1996 p. 66.

⁶ Walzer, Michael *Esferas de la Justicia*. México, FCE 1993 p. 120.



La lectura empresarial de la universidad constituye una forma de imperialismo cultural, incompatible con los principios del liberalismo, que corrompe las bases y fines históricos de la institución universitaria. La universidad *no es* una empresa, ni puede someterse sin más a los requerimientos de lucro del integrismo del mercado sin renunciar a buena parte de sus compromisos con la sociedad, como forjar una conciencia intelectual y ético–espiritual que no se agote en los quehaceres de la instrucción profesional y en el logro de *status* socioeconómico.

A modo de conclusión: la Universidad como “sociedad profética”.

Evocar estas funciones éticas y sociales de la universidad nos remite a la caracterización que nuestro recordado y querido padre Felipe McGregor hacía de la institución universitaria como una *sociedad profética*. Con esta expresión aludía a la tradición de los profetas de Israel, que promovía tanto la crítica social desde la práctica de la justicia y el recuerdo de la Antigua Alianza, como la promesa razonable de un Reino de sabiduría y libertad que había que pensar y construir juntos. Desde esta lúcida y esperanzada imagen, la universidad es concebida como una comunidad de investigación que promueve el saber y la práctica de las ciencias que anticipan resultados sociales y logros científicos todavía no alcanzados; es, asimismo, una sociedad de espíritus libres que interpela y somete a crítica moral y política las instituciones del Estado y la sociedad cuando transgreden los principios constitucionales o cuando vulneran las libertades y las expectativas de justicia de los ciudadanos.

La universidad impulsa el diálogo cívico y los debates intelectuales no sólo con el fin de imaginar y construir mundos más razonables y justos sino también para fortalecer transacciones humanas fundadas en la argumentación y el consenso racional; en contraste con el frecuente uso de la fuerza, las presiones políticas o económicas, o la mera ‘negociación basada en intereses’ que con frecuencia determinan las transacciones cotidianas en el mundo de la política y de la empresa privada. En este sentido, la universidad plantea un cambio en las mentalidades y en las estructuras que apunta a fortalecer la transparencia y la racionalidad de las relaciones sociales y las instituciones: la universidad busca el entendimiento común como modelo de acción racional en las diferentes esferas de la vida pública y privada. Nada de esto resulta realmente visible para quien entiende la tarea educativa exclusivamente desde la gestión empresarial.

Comencé señalando que en el Perú – como en tantos otros lugares – la universidad ha sido (y es todavía, a pesar de estas modas), en buena medida, la “conciencia intelectual y moral” de nuestra sociedad. A eso se refería el padre MacGregor con la expresión “sociedad profética”: un lugar para el libre encuentro de argumentos, para la búsqueda de la verdad, para el planteamiento y la discusión de los problemas que preocupan a la comunidad, y no sólo un espacio para la formación técnica de profesionales concentrados en las escaramuzas de la competencia económica. Necesitamos lugares para pensar con libertad y rigor, para crear, para discutir quiénes somos, qué sociedad anhelamos, y hacia dónde queremos ir. Habrá quienes consideran esquemáticamente que esto es “económicamente improductivo”, pero resulta difícil concebir la vida humana sin espacios para la autorreflexión, la deliberación pública y el compromiso comunitario, y sin personas capaces de plantearse tales cuestiones con seriedad y vocación.